

E L

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Mi retrato*, por don A. F. Grilo.—*El espejo*, por el Vizconde de San Javier.—*La sombra de Ida*, por Leon Gozlan.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Explicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.

Con este número se reparte un figurin y el pliego segundo del tomo quinto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XVIII.

LA CONDESA Á MÉLIDA.

Madrid, marzo de 18...

¿Qué dirás de mí, hija mia, al esperar en vano carta mia durante tantos dias?

Me acusarás de indiferente, de poco cariñosa contigo, á quien amo tanto...!

Tu última carta merecia una pronta respuesta, y de tal naturaleza, que animase tu admirable valor: pero cuando sepas lo que sucede aquí, estoy segura de que no estrañarás mi silencio.

Es una triste verdad que en este pobre mundo la alegría y el pesar caminan juntos, ó mas bien asidos de la mano, como inseparables compañeros.

Era yo tan dichosa, como puedo serlo estando tú lejos de mí, con la llegada de mi amiga la mariscala, y al ver á Clara contenta y feliz.

Es cierto que algunas veces veia aparecer nubes de tristeza en la frente de tu hermana.

Pero no es propio el temple de su alma para

vivir en una perpétua serenidad, y creí que eran cabilaciones sin motivo, ó quizá el esceso mismo de la dicha, lo que le hacia ponerse melancólica y preocupada.

Sin embargo, noté en ella una novedad que me alarmó: tu sabes que siempre ha querido mucho á Honoria vuestra antigua preceptora: pues bien, desde hace algun tiempo, parecia incomodarla su presencia de una manera tan visible como estraña.

Aumentó mi temor el ver que el mismo cuidado que ponía Clara en huir de su amiga, lo empleaba Camilo en acercarse á ella.

En fin, al cabo de bastante tiempo, llegué á convencerme de una desconsoladora realidad!

De que tu hermana estaba celosa de Honoria. ¿Era con fundamento? ó eran sueños de su imaginacion?

¡Ay, no! porque Camilo solo estaba bien cuando se hallaba al lado de aquella mujer, y esto lo conocia yo lo mismo que tu hermana.

Noche hubo en que hallándome yo en casa de Clara, cuyo salon estaba lleno de una escogida concurrencia, salió Camilo y fué á casa de Honoria, en busca de su compañía.

Ya no pude dudar de la desgracia de tu pobre hermana!

Y sin embargo, esta, llena de la nobleza de su carácter, nada me decia, por no disgustarme sin duda, y sufría sola el terrible tormento de los celos!

Un día dijo Honoria que iba á pasar algún tiempo á tu lado.

¡Juzga de mi alegría! sin duda, dije, quiere huir de la persecucion de ese hombre! respeta el reposo de mi hija! ah! la he acusado sin razon! he juzgado mal de su corazon, de su virtud!

Clara empezaba á respirar, y yo tambien, cuando de repente Camilo anuncia que va á partir al día siguiente!

Clara, loca, desesperada, ya no pudo disimular mas conmigo.

Llegó trémula de indignacion y de dolor, se arrojó en mis brazos, y se echó á llorar amarga y desoladamente!

Me contó sus tormentos de hace dos meses, y todo lo que habia notado de extraño y de culpable en la conducta de Camilo.

Lloraba, gemia, se quejaba! en el paraismo de su dolor, queria correr detras de su marido culpable! por fin, aquella terrible desesperacion acabó con un ataque de nervios.

A decir verdad, [no sé, hija mia, cómo consolé ni lo que dije á tu pobre hermana: pero, á lo menos, lloré con ella, que es cuanto puede hacer una madre al ver á su hija desgraciada y casi loca de dolor!

Ahora bien, hija mia: yo creo que tu hermana te habrá escrito sus penas, y que te habrá encargado que espies á los culpables, y que mires por su reposo y su sosiego; que estudies sus miradas, que escuches sus palabras, y que se lo escribas todo: pero yo te ruego que no lo hagas así, Mélida! Que sea á mi, á quien confies todo lo que pase, pero no á tu desgraciada hermana, cuya cabeza está cerca del extravio.

Hija mia, creo que ofendo á tu buen talento con esta advertencia.... pero si vieras á tu hermana.... es seguro que comprenderias todas mis precauciones!

La admirable belleza de Clara se ha agotado como una flor sin brisas ni rocío: está sombría y meditabunda: y tan débil, á causa de no tomar alimento alguno, que á cada instante cae en un terrible delirio.

Yo tambien á mi vez, te encargo, Mélida mia, que me des noticia de lo que suceda.

Valentina se atrevió ayer á venir á ver á Clara acompañada de la mariscala; ¿pero á qué no se atreverá esta criatura loca y mal aconsejada? El amor ó el capricho de Camilo por Honoria ha sido notado por muchas personas, pues él no ponía el mas leve cuidado en disimularlo: habrá llegado tambien á noticia de Valentina, y

ha venido á gozarse en el terrible dolor de Clara!

La marquesa de Montemar es el tipo de la extravagancia, porque sigue en todo las leyes de su capricho.

Sin poder decir que falta al decoro, se puede asegurar que lo tiene en poco, al ver su modo de vestir, de hablar y de accionar.

Hay en ella cierta cosa muy triste en una jóven, que es el ansia de llamar la atencion.

¡Qué lejos está eso del misterio que debe envolver á la mujer, y que hace durar su imperio tanto como su vida!

No hay nada tan bello como la modestia y la reserva: lo que se oculta se busca: lo que se ostenta es menospreciado.

¿No buscamos con afan la violeta que se oculta entre el musgo, y ni siquiera miramos á la malva loca, que ostenta al paso sus tallos cargados de flores?

Y sin embargo, aquella es bien pequeña, y, escepto su perfume, está exhausta de galas: esta posee colores ricos y aterciopelados.

La mariscala recibió á Valentina con amor y con toda clase de consideraciones á la vuelta de su viaje á Francia: mi pobre amiga tan buena, tan timorata, tan pura, me ha dicho, llena de afliccion, que le dió buenos consejos y la amonestó cariñosamente, para que pudiese retener el corazon de su marido; pero ella, menospreciando sus canas, faltando á todo respeto, se rió de sus advertencias.

¡Cuán distinto destino es el tuyo, mi adorada Mélida!

Tú, casada con un hombre que te es tan inferior en clase, aunque te iguala en la nobleza del alma, eres mal recibida por la madre de tu esposo, y, condenada por ella á los oficios mas duros de la casa, á los mas humillantes tratamientos, desarmas á tu enemiga á fuerza de dulzura y de talento!

Valentina, casada con el marqués de Montemar, que la es tan superior en todo, es recibida con amor por la santa y noble madre de su esposo, es acariciada, y una mano respetable y benéfica le traza la ruta que ha de seguir: y sin embargo, cierra los ojos y los oídos á la voz de la razon y de la esperiencia, cierra los ojos á la luz que le ilumina el abismo, y va ciega á precipitarse en él.

¡Oh, hija mia! aunque yo sé mejor que nadie que todos somos hermanos en Dios, y que la mayor nobleza del linage humano estriba en



las buenas obras de cada uno, estoy muy convencida tambien de que la sangre noble produce muchas nobles acciones!

¡Yo me envanezco, ilustre mártir, de ser tu madre! ¡y creo que ya alumbra tu destino la luz de la victoria!

Reza, ángel mio, por tu desgraciada hermana, tú que quizá eres ahora la mas dichosa porque eres la que mas ha sufrido ya apesar de tu corta vida!

(Se continuará.)

LUISA.

Maria del Pilar Sinués de Marco.

MI RETRATO.

Dicen que las mujeres aman mucho,
Dicen que las mujeres son hermosas:
¿De qué me sirve amarlas y quererlas
Si no me quieren todas?

La mujer es la luz, es la armonia;
La mujer es el sol, es el aroma;
Pero en el mundo, si me gusta una,
Me gusta mas la otra.

Yo las miro moverse y agitarse
tranquilas, inocentes, vagarosas,
Y cuando la morena me fascina,
La rubia me enamora.

La morena es la tórtola que canta,
La rubia angelical es la paloma:
En los ojos azules hay dos cielos;
En los negros, dos glorias.

Con mi novia en amores me derribo,
Hablo con ella suspirando á solas,
Y esclamo, al ver pasar á otra doncella,
«¡Ay! Si fuera mi novia!»

Todas son inocentes, todas buenas,
Todas son dulces, cándidas y hermosas,
Todas saben amar y todas aman;
¡Ay! Si me amaran todas!

A. F. Grilo.

EL ESPEJO.

SU INVENCIÓN.

Es mas que probable que un límpido arroyuelo fué el primer espejo. El ingenio del hom-

bre inventó la fabricacion de espejos artificiales, aplicando para este trabajo la piedra y los metales. Todo cuerpo sólido, susceptible del pulimento, podia emplearse para este objeto. Los espejos mas antiguos fueron de metal. En el libro de Job y en el Exodo se vé que las mujeres hebreas presentaban los vasos de la ablucion, colocándolos delante de un espejo que habia en el Tabernáculo.

Los antiguos magos, dedicados á decir la buenaventura, enseñaban á sus crédulos clientes una lámina de metal redonda, donde decian que se reflejaba la verdad del porvenir. Tambien usaron los antiguos unas copas de cristal talladas en cuadritos pequeños en su fondo, y que reflejaban la imágen del que bebía. Voviscus, al hacer la enumeracion de los presentes que Valeriano ofreció al emperador Probo, cita una de estas copas.

Menard y otros comentadores pretenden que los espejos no eran conocidos en tiempo de Homero, porque en la Iliada, al hacer mencion del tocador de Juno, no habla de ningun espejo. Sin duda no creía digno de una diosa el que su imágen se reprodujese en una lámina de acero pulimentado. Los romanos usaron láminas grandes de bronce y acero pulimentado, para que les sirviesen de espejos, pero, por lo regular, eran de plata sumamente delgados y colocados en marcos de oro ó de maderas finas.

Plinio cuenta que Neron poseía una esmeralda que le servía de espejo. Varios autores dicen, que en la antigüedad algunos pueblos usaron por espejos piedras preciosas pulimentadas, donde se reflejaban las imágenes.

Es sumamente curiosa la historia de los adelantados hechos en la fabricacion de los espejos. Los Incas, pueblo que se cree era el menos civilizado, poseían espejos compuestos de lava negra vidriosa y trasparente, á la cual se dió el nombre de piedra de los Incas. Es indudable que estos, sin tener los conocimientos de los romanos ni su lujo, poseyeron mejores espejos y de mejor fabricacion.

La introduccion del espejo de cristal, algunos la hacen subir al siglo XIII, pero su verdadera aparicion fué en el siglo XIV. Aun entonces eran sumamente raros en Francia. El de Ana de Bretaña, esposa de Luis XII, era de metal. En Persia y en Oriente se usaron siempre espejos de metal, hasta que la célebre fábrica de Venecia lanzó sus hermosas lunas para adorno de todos los palacios de los grandes y rey

de todos los países. En 1634 se estableció en Francia la primera fábrica de espejos por Eustaquio Granchmont, pero esta duró poco tiempo; las lunas de Venecia por su claridad, por sus dimensiones, le hicieron la guerra, teniendo que abandonar la fábrica por las pocas utilidades que le daba. En tiempo de Colbert, Fresni, ayuda de cámara del rey, obtuvo un privilegio para poner fábrica de espejos según los procedimientos de Venecia. Este vendió á Mr. de Noyer por una suma considerable su privilegio. En 1665 obtuvo su confirmación y un adelanto de doce mil libras, á condición de hacer venir de Venecia obreros que, después de servir en la fábrica francesa ocho años, pudiesen establecerse con cartas de naturalización. Este privilegio fué renovado por Louvois por treinta años mas. Cinco años después, Abraham Sebart, habiendo demostrado que podía fabricar espejos de mayores dimensiones que los que se hacían hasta el día, hizo en efecto un espejo de 44 pulgadas de ancho por 54 de altura, y obtuvo un privilegio para su fabricación de treinta años. La fábrica de Tebart y la de Noyer convinieron entre sí que el uno haría los espejos de grandes dimensiones y el otro los pequeños.

Hoy día se han establecido fábricas de espejos en todas partes. Francia, Inglaterra, España, América y los Estados-Unidos cuentan fábricas donde se hacen espejos de todos tamaños, desde el casi microscópico hasta el de la mas colosal altura. En España, en tiempo de Carlos III, la fábrica de la Granja hizo espejos tan grandes como los mayores de Venecia, uno de ellos se mandó como de regalo al Sultan. Aun se conservan en la fábrica de la Granja sin azogar algunos inmensos planos, de los que entonces se fabricaban, admirables por su grandeza y espesor.

El espejo es hoy día un artículo de lujo y de necesidad. Por todas partes se ven espejos, en los palacios, en los cafés, en todos los establecimientos públicos, y hasta en la humilde y modesta habitación del pobre. Las señoras pasan la mayor parte del día consultando al espejo; es el mueble mas necesario de su tocador. La mas miserable y pobre labradora tiene un espejo donde poder arreglar el día de fiesta su airosa mantilla para ir al oficio divino, ó colocarse sencillas flores para asistir á sus bailes y modestas reuniones. El espejo es el amigo de la mujer, es su consultor; y cuántas veces no ha causado el enojo de alguna bella, que, al

contemplar sus adornos reflejados en la clara luna, los ha cambiado hasta colocarlos con mas gusto y con mas gracia! Entonces una sonrisa de placer asoma á sus labios, agradeciendo su cambio al amigo verdadero, al amigo que no adula y que nos hace ver nuestras facciones tal cual son, sin lisongearnos. ¡Cuántas otras veces tambien ha causado la desesperación de las hermosas al revelarles la primera arruga que la desapiadada mano del tiempo ha impreso en sus sienes, primero y severo anuncio de su declinación, y de que se marchita la juventud cediendo su imperio á la vejez!!!

El Vizconde de San Javier.

LA SOMBRA DE IDÁ.

POR LEON GOZLAN.

I.

Pocas jóvenes, dice Ida en un capítulo de sus memorias, publicadas hace algun tiempo, trajeron, al presentarse en el mundo un carácter mas enemigo que el mio de toda dependencia. La mas ligera autoridad ejercida sobre mi voluntad, me sublevaba como una injusticia y me irritaba furiosamente, lo que equivale á decir que me era absolutamente imposible el sufrir la menor sumisión. Y como sin sumisión toda educación es impracticable, cuando se pensó en la mia, se encontraron imposibles dificultades. La dulzura, la veracidad, los razonamientos, sucesivamente ensayados, no dieron resultado alguno. Todos estos medios pasaban sobre mí como la lluvia por una pendiente de granito.

Tal organización, como se comprenderá, no era propósito para enaltecer el bienestar y la alegría entre mi familia. Aumentó á mi ignorancia, hija de la imposibilidad de aprender nada, ni de recibir lecciones de nadie, un orgullo digno de aquella, y tendreis, queridos lectores, si no mi retrato, un bosquejo de él.

No sabré decir hasta qué extremo de frenesí me llevaba el horror de toda condescendencia, ya hacia las personas, ya hacia las cosas; sobre todo hacia las cosas: las personas que me rodeaban habían renunciado á contradecirme, esperando únicamente mi restablecimiento moral en los beneficios futuros de mi edad.

Este odio contra los objetos me llevaba tan lejos, que me arrastraba á violencias inauditas, á verdaderas locuras. Por ejemplo: si el golpe del péndulo del reloj era demasiado lento, lo rompía: si el calzado oprimía mi pié, lo desgarraba; y no era esto solo. A fuerza de dejarme arrastrar de esta manera, llegué poco á poco á suponer y á creer mas tarde que los objetos inanimados tenían intenciones razonables, odios combinados contra mí. Exaltada hasta el idiotismo, en mi furor, concluí por suponer que las butacas me miraban con ironía cuando pasaba á su lado, que las sillas se ponían á mi paso para hacerme caer, que las puertas se reían cuando, al cerrarlas con cólera, rechinaban sus goznes.

Habiendo llegado el mal á tal extremo, ¿cómo era posible la curacion? Mis verídicas Memorias os lo van á decir.

La primera vez que me miré á un espejo con el objeto de saber hasta qué punto la naturaleza habia sido pródiga conmigo, me encontré encantadora, me ví adorable. Mi frente me pareció noble, mi nariz de forma griega, mi barba de un estilo gracioso, mi cuello de una delicadeza admirable, mi talle de una flexibilidad elegante, mis brazos de una soberana distincion. Esto fué lo que me dijo, palabra por palabra, el espejo que tenia delante.

Mas apenas concluí de admirar estos detalles, ó mejor, de detallar con admiracion mi frente, mi nariz, mi barba, mi cuello, mi talle, mis brazos, cuando ví á mi izquierda en la pared del salon que bañaba el sol que estaba por mi derecha, una frente de la forma de un pilon de azucar, una nariz de buitre, una barba de zueco, un cuello de grulla, un talle de maritornes, unos brazos de mona, tan largos y tan delgados eran. Retrocedí espantada, porque aquello era yo, era mi retrato como en el espejo. Habia sonreido de satisfaccion contemplando mi imágen: temblé, palidecí, lloré al aspecto de mi sombra. Tanto mas se comprenderá el dolor causado por este golpe dado á mi orgullo, cuanto que se sabe, por mi propia confesion, que yo habia dotado de sentimientos de reflexion y casi de vida á los objetos materiales que nos rodeaban. El diván veía mi vergüenza.. Cogí unas tenazas y le rompí un brazo.

Nadie puede figurarse hasta qué punto esta doble imágen de mi persona reproducida aquí por el espejo, allí por la sombra, me sumergió en la consternacion de la mas horrible duda.

¿Quién tiene razon, me preguntaba, el es-

pejo ó la sombra? ¿A quién debo creer? ¿Soy bella, distinguida, elegante, como me dice el espejo, ó fea, grotesca, monstruosa como me dice la sombra?

Esta primera tortura impuesta á mi vanidad me turbó hasta el punto que, no pudiendo dominarme, corrí á cerrar las ventanas de mi cuarto con una rabia sorda, y cuando reinó á mi alrededor la mas negra oscuridad, fuí á acurrucarme en un rincon en el que permanecí hasta la noche.

Cuando llegó la hora de encender las luces, yo estaba todavia abismada en mis estrañas reflexiones.

Deseando mis padres conocer á toda costa la causa de mi enfado, hube de decirles, despues de muchos esfuerzos, que acababa de experimentar por la vez primera el temor de ser fea, muy fea, horriblemente fea.

—Fea,... fea... nunca te hemos dicho...

—Querida madre... no me lo has dicho tu, no....

—¿Y quién ha podido?...

—Nadie.

—Pero... ¿cómo puedes figurarte?...

—Querido padre, yo lo sé, sí, lo sé... no trates de disuadirme.

—Veamos, repuso mi padre, es este espejo el qué?...

—Oh! no, el espejo me ha dicho todo lo contrario; pero, ay!... el espejo me ha engañado.

—¿Quién, pues, ha podido entónce?...

Nuevo silencio por mi parte.

—Ah! Dios mio, exclamé, saliendo de repente de la turbacion que me habia impedido explicarme; ah! Dios mio! vosotros todos estais tan feos como yo!

—¿Qué quieres decir?... me preguntaron todos asustados de esta exclamacion tan imprevisible.

—Ved... ved... vuestro rostro en la pared... mirad!

—Es nuestra sombra, dijo mi padre—¿á qué fin viene esa sorpresa?

—Es decir, que á todos, absolutamente á todos afea y desfigura le sombra?

—Sin duda alguna, hija mia. Y esto es lo que tanto te ha atormentado hoy?

—Sí, padre mio.

—¿Cómo! ¿por qué te has visto como nosotros nos vemos en este momento en esa pared, por efecto de esas luces que nos hieren oblicuamente, te has imaginado... te has creído...?

—Sí, mamá.

—Vamos, vamos, eres una niña, Ida, repuso mi padre; de otro modo sabrías que, según el sitio en que la luz se coloca, así aparecen nuestras sombras mas ó menos regulares, mas ó menos deformes. Eso no es mas que una ilusión. La sombra no es otra cosa que *la nada de todo*.

—Así será, murmuré; me detendré lo menos que pueda á mirar la mía; mas á pesar de vuestras razones, juzgo que me será difícil creerme otra que la que esta mañana he visto en la pared.

—Y teneis razon, señorita, dijo á la sazón un viejo criado alemán que traía á mis padres y á mis hermanos las luces con que cada uno habia de irse á su habitacion; pensais sábiamente. ¡Ah! ¡la sombra! ¡la sombra!

—¿Qué murmuras tú, viejo Flandern? preguntó mi padre á su antiguo servidor, y su pregunta fué acompañada de otra parecida formulada por el gesto y la mirada de mi madre, y por las de mis hermanas mayores, Ana y Margarita.

—Quiero decir, señor, si lo permitís, que la sombra no es la *nada de todo*, como habeis afirmado á la señorita Ida.

—¿Qué otra cosa es?

—La sombra, señor, dijo entonces el viejo Flandern, es una parte de nosotros mismos; es otro ser nuestro. Es un ser...

—¿Un ser!

—Un ser, sí, señor, que respira, que vive, que muere con nosotros. Por eso los orientales, gentes por lo menos tan sensatas como nosotros, sostienen, con convicción religiosa, que siendo la sombra una porción nuestra, aunque pequeña, jamás permiten que se les retrate, porque un retrato no es mas que la sombra de un hombre ó de una mujer transportada y estampada sobre una tela cualquiera, ó sobre otra cosa. Permitirlo sería robar ó consentir que se robase una parte de nuestro ser, que pertenece entero á Dios, para emplear esta parte, sagrada como el todo, en un fin miserable y frívolo.

—¡Ah! mi buen Flandern, exclamó mi padre, mi buen Flandern, bien se vé que eres alemán de la vieja Alemania, el país de los sueños y de las supersticiones.

—Crédulo tanto como querais: alemán y supersticioso tanto como gustéis, señor, pero...

—Pero ¿qué razones tienes para asegurar tal tontería, una cosa tan desprovista de sentido como tu cabeza de cabellos, y en la que sin duda crees tú tanto como nosotros?

—Ah, señor, yo creo lo que he visto.

—¿Y qué has visto tú? vamos á ver.

Todos rodeamos á Flandern, cada uno con su palmatoria encendida en la mano, esperando la respuesta del singular criado de mi padre.

II.

«En Bamberg, dijo, pequeña ciudad de Baviera, la pobre familia de un tonelero, compuesta de su mujer, un niño y una niña, se encontró un día reducida, á causa de la muerte del padre, á una grande y amarga angustia.

«El tonelero, que estaba encargado de vijilar el depósito de aguas reservadas para casos de incendio, se rompió una arteria al querer mudar de sitio una cuba demasiado pesada para sus fuerzas, y murió.

«Aquí empieza la miseria de esta familia.

«Quizás los habitantes no hicieron todo lo que pudieron para socorrer y librar de la miseria á tan interesantes criaturas privadas de repente de su único apoyo; pero seguramente el burgo-maestre fué el que se mostró mas duro que todos los habitantes.

—¿Qué relacion tiene, mi buen Flandern, interrumpió mi padre, qué relacion tiene esa historia con la sombra, con la teoría religiosa de los mahometanos sobre la divisibilidad de la sombra, con tu convicción personal sobre su realidad?

—¡Una gran relacion! Sin embargo, si el señor se cansa de oirme, y si la señora y las señoritas...

—No, no, continua, Flandern, dijo mi madre.

—Continúa, apoyó mi padre, continúa... te escuchamos.

—¡Yo era la que escuchaba mas que todos! yo, cuyas ideas, verdaderas ó falsas, se asociaban tan estrechamente á la manera de ver, de razonar, de sentir y de creer de Flandern, que prosiguió así:

«Durante muchos años, el tonelero habia gozado, en su calidad de guarda principal de las aguas de que he hablado, del favor, bien modesto por cierto, de alojarse con su familia en un departamento de los grandes cobertizos en que estaban depositadas las cubas de que él cuidaba. Sin embargo, á la muerte de este buen hombre, el burgo-maestre indicó á la viuda y á sus dos hijos que hiciesen por procurarse sin dilacion otro asilo. Era imposible á la administracion, decia él, darles habitacion por mas tiempo. Esta orden, dura en todas circunstancias, era



cruel, abominable en pleno invierno. Pero fué necesario obedecer.

(Traducción.)

(Se continuará).

Jerónimo Lafuente.

REVISTA DE LA SEMANA.

Hundimiento.—Proyectos para el año que viene.—El circo del Príncipe Alfonso.—Diversas opiniones.—Carolina Civili.—El público acalorado.—Vispera de fiesta.—Historia de un ramillete.

El tan decantado *barracon* de las Vallecas, aquel *barracon* que tanto dió que decir á los gacettilleros y que sirvió de templo á las artes, ha muerto en la flor de su edad, cuando no contaba seis meses de existencia.

¡Oh fragilidad de las cosas humanas! Observen los filósofos... y los maestros de obras cómo un edificio en cuya construcción se emplearon tantos hombres, tantos días y tanto dinero, dice un día *hasta aquí llegó*, y se cae por su propio peso, teniendo la imprudencia de coger debajo á media docena de transeuntes inocentes y desprevénidos!

Las torres que desprecio al aire fueron

A su gran pesadumbre se rindieron,
y el *barracon* de las Vallecas, que fué desprecio á los madrileños, se murió de una pesadumbre. Casi casi me pongo triste al relatar una noticia tan ruinosa, pero ahí está el Ayuntamiento y algún artista que se entristecerán por mí, y así podré continuar en calma mi semanal tarea.

La Correspondencia y *Las Noticias* han publicado la lista de la compañía, que, según todas las probabilidades, ha de actuar el próximo año cómico en el tradicional teatro del Príncipe. Noticia es esta que no quiero dejar de dar á mis lectoras, porque sé que ha de agradecerles, con lo cual podré yo esperar verlas el año que viene en el teatro nombrado, toda vez que allí se ha de reunir lo mas *fashionable* que en Madrid existe desde el portillo de Gilimon hasta la Carrera de San Gerónimo.

Figuran en la lista mencionada las artistas mas notables de aquello que, entre la gente de teatro, se suele llamar *el ejercicio*. Teodora Lamadrid, Josefa Palma, Cándida Dardalla, Pepita Hijosa... ¿no es verdad que todos estos nombres merecen la pena de abonarse á un tercer turno? ¡Quiera Dios que los deseos que yo tengo se rea-

licen y encuentre el año que viene en el teatro del Príncipe esa personificación del arte, que hasta ahora no ha hecho mas que asomar de cuando en cuando la cabeza por detrás de la peluca de Julian Romea!

Hablemos de otro espectáculo.

El circo del Príncipe Alfonso ha abierto de nuevo sus puertas. El público de Madrid, que nunca deja desairado á un empresario, ha acudido, como siempre, á apreciar las bellezas artísticas de un salto mortal ó de una graciosa costalada. Los aficionados al género se quejan de que la compañía que dirige Franconi no corresponde á los deseos del público; los indiferentes dicen que se divierten, y esto les basta; los pollos, ó dicen que se aburren, ó aseguran que al circo se puede ir por ver á las niñas bonitas. Hay quien va únicamente por reirse al ver las actitudes de los *clowns* y no es pequeño el número de los admiradores de Mme. Franconi ó de la señorita Massota. Y en resumen de tantos y tan diversos modos de parecer, el resultado es siempre el mismo, es decir, que el circo está lleno todas las noches, y las ramilletteras despachan á su gusto todas las flores que llevan.

Dos escenas horriblemente grandes, espantosamente bellas, han contribuido no poco á que yo sea grande aficionado del circo. La serenidad de Mr. Batti, cuando visita de cumplido á cinco leoncitos de cuya buena fé yo no respondería, y la impavidez de Mr. Leotard, á quien me atrevo á llamar el rey de los aires. Recomendando á mis lectores *no nerviosos*, las dos escenas citadas.

Carolina Civili, la eminente actriz italiana, recoge todas las noches gran cosecha de aplausos en el diminuto [teatro de Variedades. Pero con ser su talento tan grande, su inteligencia tan vasta, y su atractivo tan irresistible, la concurrencia al teatro de la calle [de la Magdalena, suele ser escasa. ¿Porqué? Salas y Gaztambide, Catalina y Obregon, Mr. Bagier y D. Pedro Montañó, pueden responder por mí á aquella pregunta, pero hablaré yo por todos sin temor de que me dismientan. El público de Madrid, desde primeros de abril, comienza á perder el valor de ir á los teatros de invierno, y se dispone á concurrir á los espectáculos de verano. Esto, añadido á lo avanzado [de la hora en que las gentes salen hoy á paseo, y el mucho calor que en los teatros se encierra, prueba cuan cierto es el refran que nos enseñaron nuestros padres, y que voy á parodiar con permiso de dichos señores. Cada cosa á su tiempo, y los teatros en invierno.

A la hora en que mis lectoras reciban este número, habrá en Madrid, de seguro, grandes preparativos de fiesta y de bureo en mas de cuatro casas. Pasado mañana es San Isidro, y á fé que la romería, si se parece á otras y el tiempo lo permite, ha de darme motivo para un buen párrafo de mi próxima revista.

No quiero concluir esta sin contar las aventuras de un ramillete de pensamientos.

Lo compró un enamorado el viernes, en la calle de Sevilla, con el objeto de regalársele á una rubia que tiene los ojos muy rasgados. No halló en casa á su adorado tormento, y metió el ramillete en el sombrero, dirigiéndose desesperado al Circo. En uno de los ejercicios mas difíciles de la *maravilla ecuestre*, mi hombre se entusiasmó y lo arrojó á los pies de la artista. Un *clown*, por hacer mas gracia, cogió el ramillete y lo arrojó al aire para cogerlo con los dientes, pero se desvió y fué á parar a la cabeza de una jamona. Cuando esta iba á cogerlo, un acomodador le echó la mano encima, (al ramillete, por supuesto) y se lo arrebató para dárselo á un estudiante que ofreció por las flores dos reales. El estudiante se las metió en el bolsillo del gaban (¡pobrecillo!) para dar celos mas tarde á una modista: pero esta mañana le han avisado para un entierro, ha ido al cementerio, ha pasado pordelante del sepulcro de su madre, se ha acordado de sus flores, y las ha depositado sobre la piedra. Así las mas pequeñas causas producen grandes y admirables efectos.

Eusebio Blasco.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURÍN.

FIGURA 1.^a *Trage de teatro y sociedad.* Vestido de glasé malva con cuerpo escotado y manga corta.

Sobre este trage va otro de muselina blanca muy fina: la falda, muy larga, se recoge en la costura de cada paño, por medio de un entredos bordado que lleva por transparente una cinta malva del color del primer trage, y que tiene á cada lado un volantito de muselina.

Cuerpo ligeramente fruncido de muselina, que termina en la espalda con una pequeña aldeta: un entredos y volante le guarnecen, formando figaro.

Mangas ajustadas, adornadas en la costura y

en la parte inferior por un entredos con transparente malva y volantito.

Cintura rusa que se abrocha por detrás, y de la que caen largos cabos que terminan en un fleco, muy largo con pié calado.

Pendientes largos de filigrana de plata, y redecilla pequeña de trencilla de plata muy fina.

Recomendamos este trage á las señoritas por su primor y frescura, y sobre todo, á las que tengan el cabello rubio: es propio, como se ha dicho, para teatro y sociedad de confianza: y reemplazando la muselina con tul blanco, para té y concierto.

FIGURA 2.^a *Trage de primavera.* Vestido de tafetán fuerte, verde, con listas mas oscuras: en los huecos, lleva estrellas negras muy pequeñas.

Cuerpo de talle redondo.

Mangas estrechas, sin mas adorno que un grueso cordon de seda en el borde y en la costura de la sisa.

Paletot en *Faya* ajustado al talle, y cortado mas largo detrás y delante que de los costados; este lindo modelo está adornado por ocho bandas de pasamanería ligera, dos á cada lado del pecho y dos á cada lado de la espalda que termina cada una en cinco borlas.

Mangas estrechas, con hombreras de pasamanería con borlas.

Sombrero *fanchon* de tul, bullonado ó adornado al borde por un follage de yedra: detrás y formando cubre peine el mismo follage: al lado izquierdo *aigrete* blanco de cristal hilado: bridas muy anchas de glasé blanco.

Sombrilla verde y blanca con fleco.

Guantes amarillos.

Tanto se ha abusado ya de los adornos en los vestidos, que hoy nos parece el de mejor gusto, el mas liso: por la circunstancia de serlo este, le creemos muy apropiado para señorita.

El paletot, por el contrario, es olo propio de señora casada, por estar muy adornado; si una señorita adoptase este trage, le aconsejaríamos que suprimiese las pasamanerías.

El sombrero es tan lindo, tan nuevo, tan sencillo, que se presta á todas las edades, á no ser á una muy avanzada, en cuyo caso se suprimirá el *aigrete* y se reemplazará el *ramage* de yedra con flores oscuras.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARIA DEL PILAR SINÚES DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.



639

Imp. Merisier

LA FRANCE ÉLÉGANTE

Journal des Dames et des Salons

publié par la Société des Journaux de Modes réunies

Ayuntamiento de Madrid

On s'abonne aux Bureaux Rue S^e Anne, 64, à Paris